

**¿DE LA «TRAGEDIA»  
AL «MILAGRO»?  
África subsahariana  
en el nuevo contexto multipolar**





**¿DE LA «TRAGEDIA» AL «MILAGRO»?**  
**ÁFRICA SUBSAHARIANA**  
**EN EL NUEVO CONTEXTO MULTIPOLAR**

Oscar Mateos

INTRODUCCIÓN .....	3
1. DEL «AFRO-PESIMISMO» AL «AFRO-OPTIMISMO» .....	5
2. ÁFRICA SUBSAHARIANA EN UN MUNDO MULTIPOLAR .....	13
3. MÁS ALLÁ DE LAS «RECETAS PARA ÁFRICA» .....	24
NOTAS .....	29
CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN .....	31

El origen de este cuaderno es fruto de la reflexión conjunta realizada en el marco del Seminario sobre África subsahariana de CJ entre los años 2009 y 2011, en el que participaron, entre otras personas: Josep F. Mària (Cristianisme i Justícia), Àlex Prats (Oxfam Intermón), Luis Sols (Cristianisme i Justícia), Neus Ramis, Dani Gómez (Observatori del Deute en la Globalització, ODG), Carles Gil (Servei Solidari), Nani Vall-Ilossera (Cristianisme i Justícia), Miguel Ángel Prieto, Carles Ibáñez (Farmamundi), Eulàlia Reguant (Justícia i Pau) y Oscar Mateos (Cristianisme i Justícia).

*Este cuaderno está dedicado a la memoria de Eduard Soler, amigo,  
persona cercana a Cristianisme i Justícia y miembro durante algún tiempo  
del Seminario sobre África.*

**Oscar Mateos Martín** es responsable del área social de Cristianisme i Justícia. Profesor de la Facultad de Educación Social y Trabajo Social Pere Tarrés (Universitat Ramon Llull). Doctorado en Relaciones Internacionales por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB) y miembro del Grupo de Estudios Africanos (GEA) de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Ha publicado en esta colección: *Cambio de época. ¿Cambio de rumbo?* (Cuaderno 186); *África el continente maltratado* (Cuaderno 137).

Edita Cristianisme i Justícia - Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona  
Tel.: 93 317 23 38 - E-mail: [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com) - [www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)  
Imprime: Ediciones Rondas S.L. - Depósito Legal: B 7211-2015  
ISBN: 978-84-9730-352-1 - ISSN: 2014-6509 - ISSN (ed. virtual): 2014-6574

Impreso en papel y cartulina ecológicos - Dibujo de la portada: Roger Torres  
Revisión y corrección del texto: Pilar de la Herran - Maquetación: Pilar Rubio Tugas  
Marzo de 2015

**Protección de datos:** La Fundación Lluís Espinal le comunica que sus datos están registrados en un fichero de nombre BDGACIJ, titularidad de la Fundación Lluís Espinal. Sólo se usan para la gestión del servicio que le ofrecemos, y para mantenerlo informado de nuestras actividades. Puede ejercitar sus derechos de acceso, rectificación, cancelación y oposición dirigiéndose por escrito a c/ Roger de Llúria 13, Barcelona.

En muchas de las conferencias o foros donde se analiza la actualidad africana, es habitual empezar haciendo referencia a las dos famosas portadas que el semanario *The Economist* ha dedicado a África subsahariana en los últimos años. En la primera, en mayo de 2000, aparecía un guerrillero armado dentro de un mapa de África y tras un fondo negro podía leerse un titular que rezaba: «*The hopeless continent*» («El continente sin esperanza»). En el editorial de ese mismo número, el semanario relataba las miserias de un continente, hundido –aseguraba– por las guerras, la corrupción, los desastres naturales o el hambre. Una década más tarde, concretamente en diciembre de 2011, la misma revista dedicaba nuevamente la portada a África, si bien esta vez la foto mostraba a un niño sosteniendo una cometa con la forma del continente y pintada con los colores del arcoiris. Encabezando esta imagen aparecía un titular que afirmaba: «*Africa rising. The hopeful continent*» («África emerge. El continente esperanzador»). En el editorial posterior, *The Economist* vaticinaba, con un cambio substancial en el lenguaje, un futuro próspero y prometedor para el continente africano.

Este giro copernicano en la visión y en el discurso sobre África no sólo atañe a esta influyente revista, ya que organizaciones internacionales, otros medios de comunicación o académicos vienen reforzando esta ola de lo que se ha denominado como «afro-optimismo». Para aquellas personas no tan familiarizadas con la realidad cotidiana de África subsahariana, y cuyo imaginario sigue muy influenciado por el discurso trágico sobre el destino de este continente, este cambio puede resultar desconcertante. ¿Qué está sucediendo en África subsahariana para que haya cambiado tan radicalmente esta visión? Entonces, ¿África afronta un futuro esperanzador y nuevo, contrastando con el pasado de guerras, hambrunas y pobreza que siempre nos habían explicado?

Otro de los lugares comunes cuando se analiza el presente y futuro africano suele ser el de cómo la presencia de los países emergentes, especialmente de China y de India, está cambiando la correlación de fuerzas en el continente y configurando una nueva realidad de relaciones políticas y económicas de los países africanos con el conjunto del planeta. En esta nueva realidad que ya definimos como «multipolar» (un sistema internacional en el que cohabitan diferentes potencias y en el que el poder está más distribuido), África podría haber logrado un nuevo posicionamiento, quizás más notorio y relevante que en el pasado. La Cooperación Sur-Sur (cooperación entre países habitualmente conocidos como «en desarrollo»), sumado a la crisis política, económi-

ca e incluso existencial del mundo occidental, certifica que el cambio de época también tiene que ver con un nuevo tablero de juego en el que existen, seguramente, nuevas reglas de juego a nivel global.

En medio de este cambio de relato hacia África y ante esta nueva realidad global, el presente cuaderno trata, precisamente, de analizar qué aspectos caracterizan la realidad política, social o económica de África subsahariana. ¿Se trata de un giro radical? ¿Qué elementos determinan entonces el presente y futuro de África? Para ello, vamos a desarrollar tres ideas principales que van a estructurar los diferentes apartados del texto:

- En primer lugar, analizaremos las causas del tránsito del discurso «afro-pesimista», que ha inundado nuestra visión sobre África desde su descolonización en los años sesenta, al nuevo discurso «afro-optimista», tratando de establecer un balance más ecuánime sobre la situación actual del continente desde una perspectiva que muchos autores han denominado como «afro-realista». Desde esta última perspectiva constataremos cómo, lejos de discursos maniqueos (totalmente «trágicos» o totalmente «eufóricos»), las luces y las sombras coexisten por igual en el presente africano.
- En segundo lugar, y ante este nuevo marco multipolar en el que los países emergentes han redibujado la correlación global de fuerzas, analizaremos los elementos que caracterizan la relación de los países y sociedades africanas con el resto del planeta desde diferentes perspectivas, comprobando que existen continuidades y discontinuidades respecto al pasado.
- Finalmente, y a modo de conclusión, trataremos de reflexionar sobre algunos aspectos a tener en cuenta a la hora de impulsar el bienestar y la mejora de la vida de las sociedades africanas, y que parten de la idea de huir de aquellas agendas internacionales acostumbradas a implementar «recetas» políticas y económicas hacia el continente.

Un apunte introductorio final, casi de obligado cumplimiento. Hablar de África subsahariana (entendiendo los 49 estados al sur del Sáhara) como categoría, tiene el gran riesgo de reducir una gran diversidad y complejidad histórica, política, social, cultural o lingüística a un todo. Y es que, no olvidemos que, en el vasto territorio africano cabrían las extensiones de Europa, EEUU y China juntas.<sup>1</sup> Este dato ya da cuenta del reduccionismo en el que caemos al hablar de «África» como tal y del enorme esfuerzo que debemos hacer para abordar esta realidad siempre desde la complejidad.

# 1. DEL «AFRO-PESIMISMO» AL «AFRO-OPTIMISMO»

---

As I dey say before  
E dey happen to all of us every day  
We Africans all over the world  
Now listen  
Suffering and smiling!

FELA KUTI

El ejemplo de la portada de la revista *The Economist* que acabamos de citar y en el que se habla de África como «continente esperanzador» no es, para nada, una excepción, sino una tendencia en los discursos sobre África subsahariana. El siguiente apartado trata de analizar los motivos de fondo de este repentino tránsito del discurso «afro-pesimista» a uno «afro-optimista», para contrastarlos finalmente con la emergencia de un tercer discurso, que llamaremos «afro-realista», que trata de establecer las luces y sombras del momento actual en el continente africano.

## 1.1. «África, pesadilla de la modernidad»: la hegemonía del discurso «afro-pesimista»

El «afro-pesimismo» es la narrativa que ha predominado en la interpretación de África subsahariana desde prácticamente su descolonización en la década de los sesenta, y con la breve excepción de los primeros años de independencia en que algunos de sus países parecieron experimentar un crecimiento económico, incluso industrial, bastante notable. Pero al margen de ese paréntesis, casi anecdótico, organismos internacionales, y muy especialmente, medios de comu-

nicación, nos han presentado a África desde entonces como un «no-lugar», en el que el hambre, las recurrentes guerras, las tragedias humanitarias, la pobreza o la corrupción eran los elementos que, desgraciadamente, configuraban este territorio condenado por la historia de la humanidad. Este discurso se acentuó incluso en los años noventa con el despegue de las economías asiáticas y en el que se constataba que, mientras una parte substancial del llamado «Tercer Mundo» avanzaba económica y socialmente, África continuaba anclada, de manera endémica, en sus graves problemas.

¿Qué estábamos haciendo mal para que África continuara maldita por la historia del desarrollo que el resto de pueblos parecía experimentar? ¿Qué extraño maleficio afectaba al devenir de esta tierra? Desde el discurso oficial, y desde un imaginario colectivo construido en base a esta visión trágica del continente, África, señala el economista Serge Latouche, se había convertido «en el lado oscuro de nuestro destino», en «el sueño de la modernidad convertido en pesadilla».<sup>2</sup>

Y es que los discursos oficiales, a un lado y a otro, que han analizado África han tendido a enfatizar esta visión apocalíptica sobre el continente, reforzando las palabras del propio Hegel quien en su día señaló que «África era un continente ahistórico, sin movimiento o desarrollo propio», en el que sólo se podía explicar su historia a través del paso de los europeos por éste.<sup>3</sup>

Este hilo narrativo ha estado siempre presente y ha tenido una enorme repercusión en la manera de entender África. «La tragedia de África es que el hombre africano nunca ha entrado verdaderamente en la historia», señalaba en 2007 el entonces Presidente francés, Nicolás Sarkozy, en una visita a varios países africanos. El mandatario francés sentenciaba en aquel polémico discurso: «El campesino africano, quien durante siglos ha vivido en función de las estaciones, cuyo ideal es vivir en armonía con la naturaleza, sólo ha conocido el eterno paso del tiempo mediante la inacabable repetición de sus acciones y de las mismas palabras. En esta mentalidad, donde todo vuelve a empezar, no hay lugar para la aventura humana, ni espacio para la idea de progreso».<sup>4</sup>

Es cierto que desde visiones más progresistas se ha tratado de enfatizar la importancia de dar voz a los africanos y de huir de este discurso claramente racista que figuras como Sarkozy u otros han proclamado sin ningún tipo de complejos. Tony Blair, por ejemplo, se refirió a menudo al continente africano como «una cicatriz en la conciencia del mundo».<sup>5</sup> Ahora bien, más allá de los matices, la construcción del mito de «la tragedia africana» se ha hecho desde un lugar y otro. Las grandes divergencias entre izquierda y derecha eran sobre todo determinar quién era el culpable de la tragedia de África y cuándo y cómo se había producido.

Para el historiador Stephen Ellis existen, en este sentido, dos discursos que se han contrapuesto. Por un lado, el discurso del «África incompetente», elaborado, en general, por el pensamiento (neo)liberal, que ha atribuido la responsabilidad de la situación del África poscolonial a los propios líderes africanos, considerando que con su corrupción endémica, casi patológica, ha condenado a sus sociedades a vivir en un constante atraso social, político y económico. En frente, ha existido un discurso del «África víctima», en el que el pensamiento estructuralista y marxista ha tenido una gran influencia al considerar que el problema de África ha sido siempre la explotación sistemática que ha sufrido a manos de los países occidentales. Para abordar esta situación, ambos discursos han ofrecido soluciones, obviamente, distintas y contrapuestas: mientras que el primer discurso ha enfatizado la buena gobernanza o el ajuste estructural como recetas para

buena parte de los problemas, el discurso estructuralista insistió en su tiempo, y fruto de un contexto sociointernacional determinado, en que la solución pasaba por una industrialización hacia adentro y, sobre todo, por confrontar el poder occidental.

El problema es que ambos discursos, en sus diagnósticos y sus soluciones, no explican ni resuelven nada por sí solos. Son, en este sentido, discursos simplificadores, además de etnocéntricos. Por una parte, cuestiones como la corrupción o la «fragilidad» estatal –insistirán numerosas voces africanistas– han sido siempre entendidas desde una perspectiva occidental que no ha querido aproximarse a las complejidades sociales y culturales africanas a la hora de entender su diferente funcionamiento en estos ámbitos, esto es, lo que Patrick Chabal y Jean Pascal Daloz en su popular obra «África camina» interpretaron como las «lógicas propias» de las diferentes sociedades del continente.<sup>6</sup> Por otro lado, la perspectiva estructuralista ha tendido a omitir la responsabilidad histórica de las élites africanas en la explotación de sus propias sociedades, negando la propia responsabilidad de los africanos o su capacidad de reacción y de resistencia.<sup>7</sup> Y es que la implicación de las élites africanas va desde la llamada «trata de esclavos» (en las que se calcula que decenas de millones de africanos perecieron a lo largo de tres siglos),<sup>8</sup> pasando por la colonización y hasta llegar al presente. Es cierto que la historia africana de los últimos cinco siglos no se entiende sin la presencia y el papel de las potencias occidentales (especialmente significativa es la historia, por ejemplo, de la Re-

pública Democrática del Congo y el papel, en este caso, de Bélgica),<sup>9</sup> pero nuevamente, esta última narrativa, por sí sola, no es capaz de explicar el conjunto de la historia. Ambos discursos, apuntan algunos africanistas críticos,<sup>10</sup> convergen así en su incapacidad de entender a África como sujeto debido a una clara tendencia a construirla como un simple objeto.

## **1.2. ¿«África emerge»?: la aparición repentina del discurso «afro-optimista»**

Pero el discurso sobre África ha cambiado substancial y repentinamente en los últimos años. En paralelo a revistas como *The Economist*, otras voces significativas como la de la revista *Time*, informes como el de la Comisión para África establecida por el gobierno del entonces Primer Ministro británico, Tony Blair, o bien trabajos académicos de numerosos intelectuales, se han sumado a la ola «afro-optimista», consolidando una nueva narrativa de moda sobre el continente africano: el relato del *Africa rising* (África emerge).<sup>11</sup>

### *1.2.1. El crecimiento de los nuevos «leones africanos»*

¿Qué aspectos apuntalan este nuevo relato? En general, el discurso afro-optimista hace referencia a múltiples transformaciones que se están produciendo en el continente en los últimos años, si bien todas giran en torno a un epicentro determinado como es el gran crecimiento macroeconómico de los países africanos. Si en el periodo 1980-2000 el

crecimiento del PIB de África experimentó un promedio del 2,4%, en la década 2000-2010 este dato alcanzó el 5,7%, a un ritmo superior del promedio de América Latina (3,3%) e incluso que el de Europa (2,5%). Según el Fondo Monetario Internacional (FMI), entre 2001 y 2010, seis de las diez economías que más rápido crecieron en el mundo fueron africanas (Angola, Nigeria, Etiopía, Chad, Mozambique y Ruanda).

Las expectativas de crecimiento de muchos de estos países, a los que se han sumado incluso otros como Sudán del sur o Sierra Leona (este último registró en 2012 un crecimiento del 17,2%), siguen siendo, según los organismos financieros internacionales, muy prometedoras. Mientras que en 2014 el crecimiento medio de las economías africanas fue del 4,8%, para los próximos años el Banco Africano de Desarrollo (BAD) estima un ritmo promedio del 5 o 6%, contrastando claramente con la crisis de crecimiento que padecen los países occidentales.<sup>12</sup> Todo ello ha llevado incluso a algunos organismos internacionales y medios de comunicación a hablar de los «leones africanos», en clara comparación con el crecimiento económico experimentado en los noventa por algunos países en Asia conocidos como los «tigres» o «dragones» asiáticos.

Es obvio, como señalarán más adelante las voces del discurso afro-realista, que este crecimiento depende directamente de los precios de las materias primas y de la creciente demanda de recursos naturales por parte de países emergentes como China o India, pero también de un cierto desarrollo empresarial interno: desde 1998 unas 500 em-

presas africanas vienen creciendo a un ritmo del 8%, algunas de las cuales se han desplegado ya por todo el mundo. De los recursos naturales que exporta África, los minerales son los más importantes: el continente africano posee el 95% de las reservas mundiales de los metales de platino, el 90% de las reservas de mineral de cromita y el 85% de las reservas de roca fosfática, así como más de la mitad del cobalto mundial y un tercio de la bauxita. Asimismo, las reservas conocidas de petróleo del continente han aumentado en un 40%. La agricultura africana está aumentando también debido al crecimiento de la demanda de alimentos por parte de los países emergentes con una población al alza.

### 1.2.2. *¿Una «clase media» africana?*

Al mismo tiempo, organismos como el Banco Mundial han subrayado que África «puede estar consolidando una clase de ingreso medio de unos 100 y 300 millones de personas» (que para dicho organismo son todas aquellas que se encontrarían en un ingreso de entre 2 y 20 dólares al día).<sup>13</sup> Este auge de la llamada «clase media africana», con un poder adquisitivo y de consumo creciente, es significativo ya que está asociado a la efervescencia del sector privado. Estos nuevos profesionales son particularmente activos en los servicios de la industria, tienen cuentas bancarias y utilizan formas convencionales de préstamos y de ahorro, consumen bienes —generalmente importados— en cantidades substanciales, viajan, leen el periódico, ven la televisión...

Existe también una enorme demanda de bancos a lo largo de todo el con-

tinente, mientras que el impacto de la telefonía móvil y de la tecnología, en general, está siendo del todo extraordinario, no sólo en los grandes negocios, sino también en el pequeño comercio. De los 15 millones de usuarios de telefonía móvil registrados en el año 2000 en el continente se ha pasado a los 500 millones en 2010, mientras que el uso de Internet creció en un 2500% comparado con un crecimiento global de cerca del 480% (en Nigeria, el país más poblado de África, el número de usuarios de Internet se disparó de 200.000 a 44 millones en el mismo periodo). Algunos países como Ruanda han empezado incluso a fabricar sus propios teléfonos móviles y en muchos otros contextos se está registrando el retorno de una parte de la diáspora que regresa para hacer negocios y afincarse en sus respectivos países.<sup>14</sup>

### 1.2.3. Más allá del plano económico

Este nuevo discurso afro-optimista se basa también en otras transformaciones que van más allá del plano económico, como por ejemplo: la *democratización* de la mayoría de países africanos; las mejoras de los *indicadores de gobernabilidad* registradas en muchos países que centros de estudio como el africano *Mo Ibrahim Foundation* vienen señalando; la *integración regional*, especialmente la creciente relevancia de la Unión Africana (antigua Organización para la Unidad Africana) que, refundada en el año 2003, ha popularizado la idea de «soluciones africanas para los problemas africanos» con el objetivo de abordar internamente los conflictos y problemas de seguridad que aquejan al

continente, e incluso se han logrado mejoras en algunos *indicadores socioeconómicos* que parecían imposibles tan sólo hace algunos años (el acceso a la educación básica se ha triplicado, la esperanza de vida media en África subsahariana ha aumentado ocho años en las últimas cuatro décadas, se ha producido una importante reducción de la mortalidad infantil con caídas de entre el 4% y el 8%, según el país, o bien 41 países han logrado mejoras en el Índice de Desarrollo Humano).

Toda esta fotografía nutre hoy la mayoría de discursos sobre África de los principales organismos internacionales, los cuales son cautos en algunos aspectos, si bien, en general, tienden a divisar un futuro esperanzador para el conjunto del continente. Un futuro que, en palabras textuales de algunos de estos documentos, debe considerarse como un «milagro»:

La impresión general es que África está despegando y es el grupo más reciente de las economías emergentes llamando a la puerta del mercado global. Hay una confianza política y empresarial en África actualmente que recuerda a la euforia generada durante sus independencias hace más de cincuenta años. África es ahora el lugar para estar y ciertamente no es un lugar para evitar. [...] No hace mucho, el continente era visto como un lugar rezagado, un lugar lleno de violencia, de hambre y de enfermedad, siendo siempre una amenaza para la estabilidad mundial o un lugar desechable. Sin embargo, su imagen ahora es esperanzadora, convirtiéndose en un punto neurálgico en la nueva realidad

geopolítica de este mundo multipolar.<sup>15</sup>

### **1.3. El «peligro de una sola historia»: hacia un discurso «afro-realista»**

Frente a este discurso afro-optimista han aparecido voces en los últimos años que han tratado de analizar, desde una perspectiva crítica, cuáles son las motivaciones de fondo de este relato. Un aspecto esencial tiene que ver con lo que la escritora de origen nigeriano, Chimamanda Adichie, considera «el peligro de una sola historia», es decir, construir, nuevamente desde fuera del continente africano, un discurso homogéneo y cerrado, en este caso optimista, sobre el presente y el futuro de África, en el que, nuevamente, el protagonismo y la capacidad de actuar y expresarse de las sociedades africanas son negados: «Es así como creamos la historia única, mostramos a un pueblo como una cosa, una sola cosa, una y otra vez, hasta que se convierte en eso [...] Es imposible hablar sobre la historia única sin hablar del poder. El poder es la capacidad no sólo de contar la historia del otro, sino de hacer que esa sea la historia definitiva», señala la escritora en una conferencia que ha circulado intensamente por las redes sociales.

#### *1.3.1. Un crecimiento sin redistribución*

Otro aspecto problemático de esta narrativa es su esencia claramente economicista, invisibilizando así las dinámicas que se esconden detrás de este supuesto «milagro macroeconómico»

africano. Y es que esta fotografía genérica del continente oculta, por ejemplo, que el crecimiento económico se concentra esencialmente en no más de una decena de países productores de materias primas, sin tener en cuenta la extensa realidad económica del resto del continente. Asimismo, se olvidan las nuevas dinámicas de desigualdad que caracterizan ya a muchos de los países africanos. El caso de Sudáfrica es el más paradigmático: el 10 por ciento de los sudafricanos más ricos tienen hoy siete veces más ingresos que el 40 por ciento más pobre, a diferencia de una cifra que a principios de los noventa era de «sólo» cinco veces mayor.<sup>16</sup> Los beneficios de esta riqueza, por tanto, van a parar en muchos casos al capital extranjero y a unos pocos socios locales. En algunos casos la riqueza pertenece a grandes corporaciones estatales, lo que permite a destacados políticos locales, sus familias y su séquito extraer ganancias para sus bolsillos. Esto es especialmente importante en lugares como la Guinea Ecuatorial de Teodoro Obiang o en la Angola de José Eduardo Dos Santos, cuyos regímenes políticos se mantienen desde hace décadas.<sup>17</sup>

La creciente desigualdad africana es homologable a lo que está sucediendo en el resto del planeta, poniendo de relieve que el crecimiento económico no es sinónimo de bienestar social *per se* si no va acompañado de una redistribución de esa riqueza. Este hecho es significativo, como señalaremos posteriormente, ya que en el discurso afro-optimista hay implícita una victoria del relato neoliberal («África crece y se desarrolla porque por fin ha entendido e

implementa las recetas que nosotros prescribimos») cuando la realidad es todo lo contrario: África subsahariana ha sido claramente diezmada por las políticas de ajuste estructural impuestas desde finales de los ochenta y que han contribuido a que hoy, por ejemplo, los estados no tengan sistemas tributarios capaces de redistribuir la riqueza.

### 1.3.2. *Un presente y futuro de grandes desafíos sociales*

Pero más allá de este problema de crecimiento sin redistribución, existen otros matices que contraponen el discurso optimista actual. Ello no quiere decir que el desarrollo socioeconómico o las mejoras en gobernabilidad de muchos países del continente no sean buenas noticias, sino que es necesario establecer miradas diferentes ante un nuevo relato que tiende a barnizarlo todo, sin matices ni contrapesos, al mismo estilo que el relato afro-pesimista lo hiciera hace tan sólo unos años.

En esta mirada más compensada se prefiere hablar de «retos» y no sólo de proyecciones prometedoras generalistas. Muchos de esos desafíos, en este nuevo escenario del crecimiento económico, son esencialmente sociales, como ya observábamos con el problema de la desigualdad creciente y tienen que ver con al menos tres problemas de futuro que señalamos brevemente a continuación:

a) *Jóvenes, frustración social y urbanización acelerada.* África crece demográficamente de manera exponencial: actualmente tiene mil millones de habitantes, una cifra que se duplicará en

2050, según la ONU, superando a la India (1.600 millones en 2050) y a China (1.400 millones). Para entonces, una de cada cinco personas en el mundo será africana. Fruto de la mejora de su esperanza de vida, el futuro del continente se caracterizará por sociedades con sectores poblacionales muy jóvenes: mientras en Europa actualmente la edad media es de 40,1 años y en Asia de 29,2, en el continente africano esta cifra desciende hasta los 19,7 años.

Asimismo, las condiciones de vida y de trabajo son muy pobres y crecientemente precarizadas. Un reciente informe del *African Progress Panel* instaba a los políticos africanos a centrarse en la creación de puestos de trabajo, en la justicia y en la igualdad, para asegurar un crecimiento sostenible y equitativo que beneficie a todos los africanos y africanas. Si este objetivo fracasase se llegaría a lo que los autores del informe llaman un «desastre demográfico» que se caracterizaría por altos niveles de desempleo juvenil que conducirían al desarraigo social y que generaría mucha hambre y conflicto social en el continente.<sup>18</sup> Y es que la población juvenil africana (15-24 años) pasará de 133 millones en el inicio del presente siglo a 246 millones en el 2020, lo cual significa que deberían crearse, al menos, otros 74 millones de puestos de trabajo, sólo para evitar que el paro juvenil crezca.

También es importante tener en cuenta la *rápida urbanización* que el continente está experimentando y los desafíos sociales que esto implica: si en la actualidad un 40% de africanos viven en suburbios urbanos, esta cifra aumentará al 50% para 2025.<sup>19</sup>

b) *Pobreza multidimensional*. El balance de los Objetivos de Desarrollo del Milenio en África es positivo en algunos aspectos. No obstante, aunque la pobreza ha disminuido proporcionalmente, en términos absolutos, y fruto de ese crecimiento poblacional, el número de personas que vive por debajo del umbral de la pobreza (menos de dos dólares diarios) es hoy superior a la de décadas pasadas.<sup>20</sup> Mientras, según el nuevo Índice de Pobreza multidimensional elaborado por el PNUD (que muestra la índole y la intensidad de la pobreza a nivel individual en tres aspectos básicos como la educación, la salud y el nivel de vida) señala que los diez países más pobres del mundo siguen siendo africanos. Asimismo, siete de cada diez personas que continúan padeciendo el VIH a nivel mundial se encuentran en África subsahariana.

c) *Tendencia dualizadora en la gobernabilidad y el desarrollo*. El centro de estudios *Mo Ibrahim Foundation* ha señalado un aspecto a tener verdaderamente en cuenta: se está detectando una cierta tendencia a la dualización del continente, entre lo que ellos mismos consideran como un «pelotón que va en cabeza» en términos de mejoras políticas (Botsuana, Mauricio o Ghana) y otros que claramente están en el «vagón de cola» con problemas estructurales

muy graves (Somalia, Eritrea, República Democrática del Congo, República Centroafricana, Chad o Guinea-Bissau).<sup>21</sup> Esta dualización también es observable en términos de violencia política y conflictos sociales, en países en los que los enfrentamientos armados siguen causando estragos (especialmente destacable aquí es la República Democrática del Congo, la República Centroafricana, el recientemente independizado Sudán del sur o Nigeria con el grupo terrorista Boko Haram) o en los que la violencia política y electoral se ha agudizado de forma preocupante (Zimbabue, Kenia, etc.).<sup>22</sup>

\*\*\*\*\*

En resumen, las transformaciones de todo tipo acaecidas en el continente africano son extraordinarias y dibujan un nuevo panorama que hemos de ser capaces de interpretar. El reto planteado por el afro-realismo es leer la realidad con unas lentes diferentes, unas lentes capaces de abstraerse de la fotografía generalista, esencialmente exógena y muy simplista que nos plantea el nuevo afro-optimismo, con el objetivo principal de saber cómo podemos contribuir efectivamente al bienestar de las poblaciones africanas, y no sólo al mero crecimiento económico de sus estados.

## 2. ÁFRICA SUBSAHARIANA EN UN MUNDO MULTIPOLAR

«Ante un emisario que quería convencerle del deseo altruista de la corona británica de aportar a su reino los beneficios de la civilización, el rey Ashanti le respondió: “Su motivación no puede ser ésta. En las artes y la industria, ustedes son superiores a nosotros. Pero nosotros mantenemos relaciones con otro pueblo, los kong, que son inferiores a nosotros como nosotros lo somos a ustedes. Aún así, no encontrarán ni a uno sólo de mis súbditos dispuesto a abandonar su casa para ir a civilizar a los kong. Entonces, ¿cómo esperan convencerme de que han dejado la próspera Inglaterra por un motivo tan absurdo?”» (Jean-François Bayart)<sup>23</sup>

Si en el primer apartado hemos tratado de ver los relatos que han predominado y predominan sobre el presente y futuro de África, destacando el giro substancial que se ha producido en los últimos años y las limitaciones del discurso afro-optimista, este segundo apartado pretende analizar los elementos que caracterizan la relación de África subsahariana con el mundo, teniendo en cuenta los grandes cambios internacionales que se han producido. Todos estos cambios dan cuenta de un mundo que ya no es unipolar y dominado por un solo actor (los EEUU) como en las últimas dos décadas, sino en el que existen nue-

vos focos de poder, los cuales han ido configurando un mundo cada vez más multipolar.

### **2.1. África en el nuevo contexto multipolar**

El mundo unipolar de los EEUU, heredero de la posguerra fría, ha sido formalmente clausurado. Los países emergentes, especialmente los llamados BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), junto con los también llamados «Next-11» («los siguientes 11», entre los que se encuentran Bangladesh, Egipto, Indonesia, Irán, México, Nigeria,

Pakistán, Filipinas, Turquía, Corea del Sur y Vietnam) son, según los grandes organismos financieros internacionales, países con un gran potencial económico cuya nueva influencia (muchos de ellos se han agrupado en nuevos espacios de encuentro y decisión) redibujan forzosamente las correlaciones de fuerza a nivel internacional. En este nuevo mundo multipolar, en el que sobresalen EEUU y China (hasta el punto de que muchos prefieren entender el escenario internacional actual no tanto como multipolar sino como una nueva «bipolaridad»), África está también presente, como pone de relieve la incorporación a estos nuevos acrónimos (BRICS y Next-11) de países como Sudáfrica o Nigeria.

### *2.1.1. Nueva Cooperación Sur-Sur y nuevos espacios de decisión*

Muchos de estos países emergentes se caracterizan también por tener un especial interés en el continente africano y por estar disputando en la actualidad la hegemonía que tenían los países occidentales en África en el plano económico o político. Según el politólogo Ian Taylor, la presencia de todos estos países, que no es genuinamente nueva pero sí mucho más intensa, ha llevado a que África subsahariana sea vista como el experimento más importante de la Cooperación Sur-Sur.<sup>24</sup> Valgan algunos datos como prueba de este hecho:

- Sólo entre 2003 y 2008, el comercio entre Brasil y África subsahariana se cuadruplicó, hasta alcanzar la cifra de 26.000 millones de dólares.
- Rusia, que en el contexto post-soviético se había caracterizado por

una cierta desconexión del conjunto del continente africano, ha relanzado desde 2009 sus relaciones comerciales, especialmente con países como Nigeria o Angola.

– India ha seguido esta estela, multiplicándose por diez las relaciones comerciales entre ambos contextos, hasta alcanzar los 30.000 millones.

– Todas estas cifras quedan lejos, sin embargo, de la expansión de China en el conjunto del continente, que sólo en términos comerciales duplica a las de los otros tres países juntos. La expansión política y económica china en África, a la que algunos ya tienden a referirse como «Chináfrica», debe considerarse como el acontecimiento más importante que ha tenido lugar en el continente desde la guerra fría.<sup>25</sup>

Esta nueva realidad, que no se circunscribe estrictamente a cuestiones económicas, sino que también ha implicado intensas relaciones en materia de ayuda o a nivel político, ha generado una nueva arquitectura institucional entre todos ellos, cuyos máximos exponentes son, precisamente, los BRICS y el llamado IBSA. Los BRICS, en tanto que foro que organiza periódicamente encuentros y reuniones con objetivos concretos, pretende convertirse en un contrapoder económico y político al mundo occidental. La presencia sudafriicana y, en definitiva, del conjunto del continente, no es sólo testimonial: África sigue siendo un importante mercado de materias primas y minerales en el que el resto de países emergentes aspiran, como acabamos de ver, a ser los socios

preferenciales. Por su parte, el llamado «*India-Brazil-South Africa Dialogue Forum*» (IBSA), constituido oficialmente en 2003, se ha erigido como un espacio en el que sus integrantes pretenden reivindicar mayor protagonismo económico, comercial y político y fortalecer sus políticas de cooperación e intercambio.

Todos estos acontecimientos certifican un hecho incontestable: los países emergentes han erosionado sensiblemente el monopolio económico, político y comercial de los países occidentales en el conjunto del continente africano. La Unión Europea (UE), con Francia y Reino Unido a la cabeza, y los EEUU, así como la importante presencia institucional de Naciones Unidas en el contexto de posguerra fría, rivalizan ahora con unos países que han establecido unos criterios políticos y económicos diferentes a los suyos, tal y como observaremos más adelante.

### 2.1.2. *Para analizar las interacciones de África con el entorno multipolar...*

Una pregunta principal al constatar este cambio de escenario es si toda esta presencia, y la utilización de nuevos criterios, son buenas o malas noticias para África. Para analizar las características de este entorno multipolar y del impacto que ha tenido en el continente africano, el apartado pretende centrarse en tres lógicas que han caracterizado históricamente la interacción de África con el resto del mundo y que siguen activas en la actualidad:

– la *lógica político-estratégica* (objetivos políticos, institucionales y

estratégicos de los países externos respecto a África), representada por muchos autores por la figura del «soldado» o «diplomático»;

– la *lógica comercial* (intereses económicos o en el comercio), representada por la figura del «comerciante» o la «multinacional», y

– la *lógica civilizatoria* (agendas humanitarias o de cooperación al desarrollo), representada por el «misionero», el «cooperante» o el «diplomático humanitario».

Estas tres lógicas y sus figuras representativas nos ayudarán a entender las *continuidades y discontinuidades* que caracterizan la presencia externa en África, teniendo en cuenta las novedades que supone el contexto multipolar. En este sentido, observaremos cómo, si bien los países emergentes –especialmente haremos referencia a China– han tenido una presencia más discreta en la lógica política o la civilizatoria, es en el plano comercial y económico donde más cambios se están produciendo, afectando indirectamente a las otras dos dimensiones analizadas.

## 2.2. El «soldado»: neoliberalismo y «securitización» en África

Desde la colonización de África a finales del siglo XIX, los países, en este caso, europeos, promovieron un modelo político, con rasgos diferentes. Mientras que Reino Unido apostó por la idea del Gobierno indirecto (ceder la gestión gubernamental a elites locales tuteladas por la metrópolis), Francia se caracterizó por una tutela directa y por la voluntad

de asimilar a los ciudadanos de los países colonizados, considerándolos como ciudadanos franceses. Desde la descolonización en los años sesenta (con la excepción de las colonias portuguesas que se independizarían a mediados de los setenta), muchos de estos países trataron de desarrollar un proyecto de Estado-nación en torno a líderes fuertes formados en muchas ocasiones en las respectivas metrópolis.

Durante esta primera etapa de descolonización los diferentes proyectos políticos africanos trataron de apuntalar las estructuras de Estados que al poco tiempo adolecerían de problemas graves como la corrupción o el creciente personalismo autoritario de algunos de sus líderes, derivando en situaciones de inestabilidad política interna e incluso en conflictos armados. Asimismo, esta última etapa se caracterizaría sobre todo por la presencia de dos nuevos actores, EEUU y la Unión Soviética, que utilizarían algunos países africanos como plataforma de enfrentamiento en el contexto de guerra fría (Mozambique, Angola, Somalia, etc.).<sup>26</sup>

En las últimas décadas, especialmente desde los años ochenta y tras el fin de la guerra fría, la lógica político-estratégica del mundo occidental (la presencia del «soldado»), se ha caracterizado sobre todo por dos aspectos principales que explicaremos de forma somera a partir de varios ejemplos. Por un lado, las formas y mecanismos en que el proyecto neoliberal ha logrado ser replicado en la mayoría de países africanos. Por otro lado, la creciente «securitización» que ha experimentado el continente en el contexto post 11 de septiembre de 2001.

### *2.2.1. La hegemonía del proyecto neoliberal en África: de Ruanda a Sierra Leona*

Desde los años ochenta, los organismos financieros internacionales, Naciones Unidas y el conjunto de países occidentales han promovido la consolidación de proyectos basados en el ajuste estructural y macroeconómico (lo que hoy llamamos «políticas de austeridad») y la llamada «buena gobernanza». África subsahariana, así como América Latina, han sido, en este sentido, «laboratorios» de la doctrina neoliberal, que ha considerado al Estado (y a las élites africanas en particular) como un problema, fomentando así la privatización y la desregulación (con la idea de incentivar el mercado y el despegue económico de muchos de estos países), así como políticas de transparencia o de lucha contra la corrupción.

Este proyecto (que en lo económico se fundamenta esencialmente en el llamado «Consenso de Washington»), ha llegado de la mano sobre todo del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional y ha tenido una gran repercusión en la fisonomía de lo que hoy son los estados africanos, muchos de ellos con sistemas públicos de salud o de educación muy débiles. Tal y como numerosas ONG o centros de investigación han denunciado, este hecho ha tenido repercusiones concretas en el desarrollo humano y social de los diferentes países, hasta el punto que muchos consideran la década de los noventa –momento en el que se intensificó este proyecto neoliberal en África– como la «década perdida».

Pero, ¿cómo ha logrado ser el neoliberalismo un proyecto hegemónico en

la mayoría del continente africano? Tal y como sucede con las actuales políticas de austeridad, la mayoría de gobiernos africanos se han visto «condicionados» en las últimas décadas a aplicar políticas de ajuste para continuar recibiendo ayudas y créditos. Es decir, en general, no han tenido más remedio que aplicar las políticas que venían ya diseñadas desde Bruselas o Washington. No obstante, para autores como James Ferguson<sup>27</sup> o Graham Harrison, en muchos países esa condicionalidad no ha hecho falta ya que las elites africanas encargadas de implementar las políticas se han socializado en el «sentido común» neoliberal. En países como Ruanda o Tanzania, la política se ha acabado convirtiendo en un ejercicio técnico, en el que las medidas a aplicar para obtener «éxito macroeconómico» o bien para ser un país con mayor «transparencia», son medidas diseñadas desde fuera, sobre las que no cabe debate político e ideológico entre, por ejemplo, el Gobierno y la oposición del país en cuestión, porque se considera que son, al fin y al cabo, las únicas políticas posibles. Además, en muchos casos, las elites gobernantes (presidentes, ministros, técnicos locales, etc.) desempeñan su función al lado de «consultores» y «asesores internacionales» enviados por los organismos internacionales, que tienen una enorme influencia en las decisiones internas.

Esta dinámica también se ha producido en países posbélicos como Sierra Leona o Liberia. Allí, los organismos internacionales impulsan políticas de todo tipo que tratan de poner en marcha países devastados por la guerra. Las elites y la sociedad civil acaban participando

muy poco en el diseño e implementación de todas estas medidas, dejando en las manos de los actores internacionales el grueso de las decisiones políticas y económicas. De este modo, en países como Tanzania, Ruanda, Sierra Leona o Liberia, la política se ha convertido en un ejercicio de «ingeniería social» en el que los actores internacionales han acabado moldeando, en función de sus intereses y visiones, el grueso de las sociedades y los estados africanos.

### 2.2.2. *¿África como amenaza a la seguridad internacional?*

Otro de los elementos que caracteriza la presencia de la figura del «soldado» en la actualidad es la creciente militarización del continente. Desde los atentados del 11 de septiembre de 2001, en el que se constató el papel de Afganistán, los llamados «estados frágiles» o «fallidos» han sido percibidos por los países occidentales como potenciales amenazas a la seguridad internacional. En general, se considera que estos contextos políticamente «frágiles» son el vivero perfecto de redes terroristas yihadistas que luego pueden acabar atentando en intereses occidentales, o bien contextos en los que es más difícil controlar los flujos migratorios o el creciente tráfico de drogas que se detecta desde África subsahariana hacia Europa.

Todo ello ha derivado en un mayor intervencionismo internacional, sobre todo occidental, que busca «securitizar» (hacer más seguros) estos estados «frágiles» o «fallidos». Un primer ejemplo es el de la famosa iniciativa AFRICOM, un mando militar unificado creado por los EEUU que está presente en la prác-

tica totalidad de países africanos. El AFRICOM tiene como objetivo fortalecer las estrategias de seguridad en el continente bajo la supervisión de Washington. Francia es otro de los países que mayor actividad ha desplegado en este campo. Su intervención militar en Malí en 2013 y 2014, trató, con la ayuda de varios países africanos y de la ONU, de frenar el avance de rebeldes islamistas ligados a Al Qaeda y que desde 2012 gobiernan de facto el norte del país. En general, la actividad militar internacional se ha intensificado en toda la región del Sahel, la cual es considerada como un territorio muy inestable y en el que el terrorismo yihadista es muy activo.

El narcotráfico se ha convertido también en una de las principales preocupaciones. En los últimos años, por ejemplo, el tráfico de cocaína que pasaba tradicionalmente por Madrid se ha desviado, fruto de los controles, a África occidental. Países como Guinea Bissau son ahora enclaves estratégicos en el tráfico de drogas (hasta el punto de que muchos denominan a este país como un «narco-Estado»). Esto ha llevado a que organismos internacionales estén apostando en la actualidad por fortalecer los sistemas de seguridad de estos países, es decir, afianzar un mejor ejército o una mejor policía, con el objetivo de que tengan más capacidad de control de este tipo de problemas transnacionales. El problema es que muchas de estas ayudas destinadas a la seguridad militar van en detrimento de las ayudas a políticas sociales y de desarrollo. Lo mismo sucede con el fenómeno migratorio. Para garantizar que países de África occidental sean más efectivos en el control

de los flujos migratorios, la UE y países, en especial, como España, dedican parte de la ayuda al desarrollo a canalizarla como ayuda a la seguridad. En los últimos tiempos se ha detectado, por ejemplo, cómo el gobierno español ha destinado al Senegal partidas de cooperación al desarrollo orientadas a la compra de sistemas tecnológicos de precisión (radares, etc.) para mejorar el control de los movimientos migratorios.

De este modo, un continente como el africano que en los años noventa era concebido esencialmente como un «problema de subdesarrollo», ahora es entendido como «un problema de seguridad global». Esto se ha acabado también traduciendo en los presupuestos internos de cada uno de los países africanos. Y es que, según los centros especializados, África es el continente en el que más ha aumentado el gasto en armamento en la última década (por encima incluso de la región de Oriente Medio), destacando por ejemplo casos como los de Chad, Ghana, Angola o Malawi.<sup>28</sup>

### **2.3. El «comerciante»: ¿un nuevo «saqueo» de África?**

La nueva presencia de los países emergentes en África es especialmente significativa en el plano comercial y económico, tanto desde una perspectiva cuantitativa como cualitativa. Por un lado, África está experimentando en los últimos años la mayor inversión de capital de toda su historia.<sup>29</sup> Por otro lado, las relaciones entre los países emergentes y los gobiernos africanos parten de unas coordenadas substancialmente diferentes. Mientras que la UE, a través de

sus acuerdos económicos, ha forzado sistemáticamente la apertura de los mercados africanos, generando así un tipo de competitividad muy desigual, los países emergentes han configurado unas reglas de juego distintas.

### 2.3.1. *Nuevas reglas de juego en África*

Brasil, por ejemplo, es para algunos el país que parece aspirar a establecer unas relaciones económicas y comerciales más simétricas con el conjunto de los países africanos (especialmente intensa es su relación con los países lusófonos como Mozambique, Angola, Cabo Verde o Guinea-Bissau), si bien su agenda económica es evidente que está condicionada por cumplir sus propios objetivos e intereses económicos y comerciales.

India, por su parte, ha consolidado también su presencia en el continente africano, especialmente a través del sector privado. Los «Foros India-África» que se celebran periódicamente desde hace un tiempo, han puesto de relieve la voluntad india de dejar su impronta en el continente compitiendo con China y los países occidentales en el control de los recursos energéticos y otras materias primas con el objetivo de garantizar el crecimiento de su economía. Asimismo, destacan numerosos programas de cooperación bilateral en el plano tecnológico o bien el papel de la diáspora india cuya presencia en el continente africano ha sido históricamente relevante. La corporación automovilística india *Tata* ensambla ya vehículos en Sudáfrica y Senegal.

No obstante, y como señalábamos anteriormente, la presencia de China es,

sin duda, el gran acontecimiento internacional que tiene lugar hoy en África subsahariana. China se ha convertido en el principal socio comercial de África (superando a los EEUU), así como en el máximo acreedor e inversor en todo el continente.<sup>30</sup> Esta realidad se intensificó sobre todo desde inicios de 2006, cuando tuvo lugar el Tercer Foro de Cooperación China-África (FOCAC, por sus siglas en inglés), espacio de encuentro que se celebra desde 2000 cada tres años. En dicho foro se establecieron los principios que regirán la relación comercial entre ambos socios, entre los que destacaban: «el respeto por el modelo de desarrollo que elijan los países africanos», la «reciprocidad y beneficio mutuos», una «interacción basada en la igualdad» o bien «la consulta y cooperación en los asuntos globales».<sup>31</sup>

Desde entonces, el Gobierno de Pekín, sobre todo a partir de sus propias empresas estatales, se ha caracterizado por establecer un tipo de relaciones económicas no condicionales, en el que el suministro de inversiones, de créditos o de ayuda no está vinculado a la mejora de los derechos humanos o a la celebración de elecciones. La estrategia china pasa, en general, por un tipo de acuerdos que lleva a los gobiernos africanos a aceptar el dinero o bien la construcción de infraestructuras (carreteras, edificios públicos o presas como la de Merowe, en Sudán, la más grande de toda África) a cambio de la explotación a varias décadas vista –en algunos casos incluso a 99 años– de tierras o de minas, que China utiliza para monocultivos o para su explotación económica, según sea el caso.

Este *modus operandi*, que contrasta claramente con el impulsado históricamente por los países occidentales, ha sido bautizado como el «Consenso de Beijing», en contraposición al «Consenso de Washington» que antes hemos mencionado.

### 2.3.2. *El acaparamiento de tierras*

En los últimos tiempos también se ha constatado un auge de la política de «venta de tierras» africanas, en la que empresas chinas e indias están tomando gran parte. Se estima que África contiene alrededor del 80% de las tierras actualmente disponibles para agricultura, muchas de las cuales se concentran en pocos países africanos como Congo, Angola o Sudán.<sup>32</sup> Según un informe de Oxfam Internacional, desde 2001, los Gobiernos de países en desarrollo habrían arrendado, vendido o cedido 2,27 millones de kilómetros cuadrados a países occidentales, a China, a India o a otros países como Arabia Saudí o Corea del Sur. Más del 70% de esos contratos han tenido lugar en África subsahariana, especialmente en países como Etiopía (donde sólo en la región de Gambella el gobierno etíope ha alquilado 2.500 kilómetros cuadrados de tierra fértil a más de 36 países diferentes), Mozambique, Zambia o Madagascar, por citar sólo algunos ejemplos.

Estas adquisiciones suelen conllevar grandes perjuicios para las poblaciones africanas: una mayor concentración de las corporaciones interesadas en la tierra; la expulsión de las comunidades locales que habitan en estas tierras (las cuales son usadas con fines comerciales como la producción de biocombustibles

o para el cultivo de alimentos básicos como los cereales o el arroz); el mayor riesgo de despido de los trabajadores agrícolas por la creciente mecanización; el deterioro de la calidad del suelo por el uso de enormes cantidades de fertilizantes químicos y pesticidas; la monopolización de las semillas por parte de unas pocas corporaciones (habitualmente extranjeras); y el deterioro del acceso al agua, que a menudo favorece a los grandes terratenientes a costa de los pequeños agricultores. Se incentiva, además, al campesinado para que entre en sistemas de producción bajo contrato para las grandes transnacionales de la tierra. Por su parte, las corporaciones presionan de forma creciente para que se revisen las leyes sobre la tierra, que en muchos países africanos pertenecen al Estado, proyectando grandes negocios de la mercantilización de la tierra.<sup>33</sup> El fenómeno del «acaparamiento de tierras», en el que los países emergentes como China e India y algunas de sus empresas, tienen un notable protagonismo, ha contribuido también a la crisis alimentaria que afecta algunas regiones africanas.

### 2.3.3. *¿Vaso medio lleno o medio vacío?*

El debate sobre las potencialidades y contradicciones de todo este nuevo modelo está servido desde hace años en el ámbito académico o del activismo social. Si bien para algunos la presencia china o india representa una lógica «win-win» y es un síntoma saludable de emancipación del mundo occidental, que tantas restricciones ha impuesto y tan pocos beneficios ha dejado, otros lo

interpretan como un «nuevo colonialismo», como «un nuevo saqueo» o como «una nueva contienda» por los recursos africanos (*A new scramble for Africa*), que respondería a la necesidad de países como China de expandirse en nuevos territorios para adquirir materias primas para su industria energética, tal y como Europa hiciera en el siglo XIX.

Si bien a corto plazo, esta nueva manera de relacionarse puede parecer un buen negocio para los dirigentes africanos –los cuales pueden mostrar a su electorado mejoras en infraestructuras básicas, que no sólo mejoran el transporte interno, sino que además pueden ayudar a impulsar el comercio y la economía– a largo plazo, el «trueque» no parece tan rentable. Muchos países africanos, denuncian algunas voces, están hipotecando así una parte de su territorio y, en definitiva, de su riqueza. Además, muchas de las infraestructuras «made in China» suelen fabricarse con materiales procedentes de este país y con su propia mano de obra (en algunos casos «esclava», tratándose de reos chinos que son enviados a hacer trabajos forzados en países africanos), por lo que la rentabilidad del negocio parece todavía más cuestionable.<sup>34</sup>

Por su parte, organizaciones como *Human Rights Watch* han denunciado las terribles condiciones laborales a las que muchas empresas chinas someten a la mayoría de trabajadores africanos. Especialmente significativo ha sido el caso de Zambia, donde cuatro filiales de la china CNMC (empresa de propiedad estatal) han sido denunciadas por violar sistemáticamente los derechos de los trabajadores de las minas de cobre.<sup>35</sup>

## 2.4. El «misionero»: límites y contradicciones de la cooperación al desarrollo

Cuando hablamos de ayuda internacional o de cooperación al desarrollo es importante distinguir los diferentes actores que la conforman. En este sentido, los gobiernos occidentales, a menudo a través de sus agencias de cooperación (DfID en Reino Unido, USAID en EEUU o AECID en España), han impulsado una ayuda muy ligada a la lógica político-estratégica, es decir a sus intereses domésticos en el continente africano. El caso que hemos analizado de la creciente «securitización» de África es paradigmático, ya que en los últimos años, una parte de la cooperación al desarrollo ofrecida por los donantes se canaliza a través de políticas que promueven la construcción de estados fuertes que, por ejemplo, sean capaces de regular los flujos migratorios o el narcotráfico que posteriormente llega a Occidente o bien de tener mejores mecanismos para combatir las redes de terrorismo que se afincan en territorios africanos.

Es obvio que en esta intencionalidad estratégica también existe una lógica civilizatoria, la cual ha sido una clara continuidad desde la colonización. Europa, luego EEUU o la URSS, han tratado siempre de moldear los estados africanos en función de sus visiones políticas o económicas, subyaciendo un intento de traer la modernización a espacios que consideraban como no civilizados.

A esta misión civilizatoria, señalan voces como la de Stephen Ellis, ha contribuido el conjunto de la «industria de la ayuda», en la que también se integran

algunas ONG o las agencias multilaterales de ayuda, muchas de las cuales pertenecen a Naciones Unidas (UNICEF, PNUD,...):

Los profesionales de la industria del desarrollo de los países ricos persisten en una única y simplista idea que ha prevalecido en los últimos 200 años: que África necesita ser mejorada, y que los europeos y los estadounidenses están singularmente capacitados para garantizar que esto suceda debido a la superioridad de su conocimiento técnico, incluyendo sus cuasi-científicas percepciones de cómo las sociedades evolucionan. Actualmente utilizan expresiones menos arrogantes, aunque independientemente de las palabras elegidas, tienden a reducirlo todo a la misma convicción: que África sigue viviendo en el pasado, pero que con unas buenas dosis de conocimiento técnico el continente puede ponerse al día.<sup>36</sup>

Esta visión civilizatoria que muchas veces ha derivado en convertir la cooperación al desarrollo en un proceso de ingeniería social, y no tanto en una experiencia precisamente de cooperación e intercambio horizontal, incumbe al conjunto de los actores internacionales, ONG incluidas, si bien algunas de ellas han potenciado estrategias más de abajo a arriba (*bottom-up*), que contemplan el trabajo sociocomunitario o la voluntad de escuchar las voces e intereses de las personas afectadas, reconociendo así el protagonismo de las sociedades africanas. No obstante, en términos generales, la cooperación al desarrollo ha partido de una dinámica de arriba a abajo (*top-down*), desembocando a menudo en

resultados negativos o no satisfactorios, que generaban frustración a un lado y a otro. En realidad, insiste Stephen Ellis nuevamente, «no es que los países africanos hayan fracasado en el desarrollo, sino que éstos se han desarrollado en formas que la agenda internacional no ha previsto o no ha sabido registrar en sus indicadores oficiales».<sup>37</sup>

Por todo ello desde hace unos años la propia agenda internacional del desarrollo, especialmente desde la llamada «Declaración de París» de 2005, ha tratado de impulsar una cooperación basada en principios como «la apropiación local» o la «armonización» entre donantes y receptores, que contribuyan a una mayor eficacia de la ayuda ofreciendo un mayor protagonismo a los actores locales. Si bien los resultados de esta nueva agenda son todavía difíciles de valorar, según sea el caso, lo que pone de relieve son los límites de un modelo de cooperación que ha partido de una visión del desarrollo muy etnocéntrica y poco participativa.

La agenda de los países emergentes en el plano de la ayuda es algo diferente. En el marco de lo que hemos definido como «Cooperación Sur-Sur», y en la que se encuentran antiguos receptores, existen dinámicas algo más horizontales. Por ejemplo, Brasil promueve la cooperación con el envío de personal médico que capacite al personal local, mientras que la ayuda china de «infraestructuras por tierras», con todas las limitaciones ya comentadas, debe considerarse como novedosa en este sentido. No obstante, debemos evitar también una cierta idealización de la «Cooperación sur-sur», ya que en el fondo sigue

tratándose de actores que tienen como objetivo maximizar sus intereses políticos y económicos.

## **2.5. Sobre el papel de las elites y las resistencias africanas**

Este segundo apartado ha tratado de analizar dos aspectos importantes. En primer lugar, el mundo en el que se inserta África ha cambiado substancialmente, caracterizándose ahora por ser un mundo multipolar en el que existen nuevas dinámicas entre el conjunto de actores internacionales (estados, multinacionales, organismos internacionales, ONG, etc.) y los países africanos. Segundo, las tres lógicas que han caracterizado la relación entre el mundo y África en los últimos siglos (político-estratégica, económica-comercial y civilizatoria) y que hemos representado a través de tres figuras (el soldado, el comerciante y el misionero) plantean continuidades y discontinuidades respecto al pasado. Por un lado, África sigue siendo objeto (y no sujeto) en muchas de estas relaciones, lo cual pone de relieve un doble rasero por parte de los actores internacionales, que a veces dicen querer ayudar a África, pero por otra parte acaban sobreponiendo sus agendas domésticas por encima de todo. Por otro lado, la presencia de los nuevos países emergentes, más proclives a una relación no condicionada pero que sigue siendo asimétrica, ha roto el monopolio de la presencia y de las agendas occidentales en África, generando nuevas realidades.

No obstante, en esta categorización de África como objeto por parte de los actores internacionales es importante volver a insistir en la existencia de «agencia» de las sociedades y actores africanos, es decir, en la capacidad de las sociedades y actores africanos para actuar. Frente a las dinámicas que caracterizan a las tres lógicas analizadas, las elites africanas, así como sus sociedades y los actores que las conforman (autoridades tradicionales, organizaciones de la sociedad civil, comunidades, etc.), no han permanecido pasivos, ni ahora ni antes. Mientras que las elites han mostrado históricamente una gran capacidad de adaptación y supervivencia a los diferentes contextos políticos y sociointernacionales, las sociedades también han reaccionado ante los diferentes proyectos implementados en sus respectivos países, hasta el punto de que muchos autores han insistido en entender los estados africanos como «híbridos» de las políticas internacionales y la manera en que las sociedades han acabado interiorizando y africanizando.

En los últimos años también se han detectado un número creciente de protestas de trabajadores y activistas sociales ante el impacto social o ecológico que muchas empresas transnacionales están teniendo en diversos países africanos, tal y como veíamos en el caso de Zambia. Y es que en medio de todas estas agendas internacionales, ha seguido existiendo una pulsión permanente por parte de las sociedades africanas de emancipación social, que se ha traducido muchas veces en conflictos, revueltas y movilizaciones sociales.

### 3. MÁS ALLÁ DE LAS «RECETAS PARA ÁFRICA»

---

No se trata de pensar en las buenas acciones que deberíamos hacer en África, sino de reflexionar sobre aquellas malas acciones que deberíamos dejar de hacer.

ROYAL AFRICAN SOCIETY<sup>38</sup>

Este último apartado tiene como objetivo plantear qué aspectos pueden contribuir a impulsar el bienestar y la mejora de la vida de las sociedades africanas.

Teniendo en cuenta que las agendas internacionales actuales muestran importantes límites, fracasos y graves contradicciones y dobles raseros (muchas de ellas, tanto las de los países occidentales como emergentes, priorizan intereses domésticos), cabe preguntarse qué es necesario para impulsar verdaderamente una ayuda que fortalezca a las sociedades africanas y su bienestar. En este sentido, cabe señalar también la importancia de huir de «fórmulas» o de «recetas» únicas, que, como hasta ahora, han aspirado a implementar un mismo modelo en todos los países, fomentando una dinámica de ingeniería social que no tiene en cuenta las vicisitudes

culturales, históricas o políticas de cada contexto.

Para ello señalaremos dos importantes aspectos que recoge la literatura crítica en los últimos años y que enfatizan la necesidad, por un lado, de devolver la voz y el protagonismo del desarrollo y de los procesos a los actores locales (especialmente a la sociedad civil y a las comunidades locales) y, por otro lado, la importancia de establecer unas reglas de juego que logren gobernar y domesticar una globalización neoliberal que tanto en el continente africano como en el conjunto del planeta, está provocando estragos democráticos, sociales y ecológicos.

### 3.1. Devolver el protagonismo a lo local

Para Serge Latouche, reivindicar otra manera de hacer las cosas en África subsahariana significa, de algún modo, reconocer el fracaso de los proyectos exógenos para África. Supone, también, analizar la alteridad y distinguir sus especificidades, una indagación que se hace necesaria tanto en la teoría como en la práctica.<sup>39</sup> Es cierto que hablar de fracaso justo en un momento en que se ensalza el discurso afro-optimista y los buenos réditos en el plano macroeconómico, resulta menos fácil que hace unos años cuando predominaba el discurso trágico hacia África, considerada entonces como la «pesadilla de la modernidad». Pero, tal y como insistimos en el primer apartado, aceptar sin matices otra narrativa homogénea y exógena sobre el presente y futuro de África nos sitúa exactamente ante la misma tesitura. Aunque la economía crezca, sabemos que la desigualdad y la precariedad de la vida dominan la vida de los africanos; aunque, afortunadamente, algunos indicadores sociales como la esperanza de vida o la mortalidad infantil mejoran, sabemos que también es fruto del desarrollo global de la ciencia, que de forma todavía parcial beneficia a los países africanos. Si no, ¿cómo se explica que miles de personas sigan muriendo diariamente en África como consecuencia del sida cuando en Occidente es ya sólo una enfermedad crónica?

Enfatizar la agencia de las sociedades africanas es sólo poner el foco en procesos que *de facto* ya están teniendo lugar. Por ejemplo, en los debates sobre paz y conflictos de los últimos años, nu-

meros autores vienen señalando que en algunos países algunas experiencias de paz o de mediación de conflictos locales (la de los Tiv en Nigeria o las que tienen lugar en la región de Somalilandia)<sup>40</sup> están poniendo en evidencia cómo desde el plano local, desde las cosmovisiones autóctonas, pueden aprenderse experiencias verdaderamente positivas. Experiencias que dan voz a las autoridades tradicionales o a las organizaciones comunitarias locales, o a prácticas basadas en una dinámica mucho más social y relacional, en contraposición muchas veces a iniciativas de negociación o de construcción de paz exógenas, auspiciadas por las organizaciones internacionales y que parten habitualmente de una concepción demasiado verticalista.

Pero desde el plano del desarrollo esto debería ser también especialmente significativo en un momento de crisis de civilización, en la que constatamos la imposibilidad de universalizar el modelo de vida capitalista, no sólo por razones ecológicas sino también éticas. Desde esta coyuntura compleja que atraviesa la historia de la humanidad debería ser especialmente relevante escuchar otros modos de vida y de organización social y política que no sólo pueden contribuir mejor al bienestar de las propias poblaciones locales, sino también enseñarnos otras praxis y formas de vida que vayan más allá del rodillo neoliberal de los últimos treinta años.

Todo esto no significa, insistimos, idealizar lo local como una forma casi *rousseauiana* donde todo es puro o válido... Se trata de impulsar un ejercicio ético de dignidad y a la vez práctico, si tenemos en cuenta, como señalábamos

antes, que todos los intentos históricos por imponer un modelo de vida y de organización en África han desembocado en resultados insatisfactorios. Esto es así hasta el punto que la agenda internacional ha reconocido la necesidad de potenciar la «apropiación local» como forma de llevar a cabo una ayuda más eficaz en el conjunto del continente.

### 3.2. Gobernar la globalización (por el bien de todos)

Hace ya algunos años, la *Royal African Society* (un centro de estudios británico sobre la realidad africana) señaló la necesidad de «no centrarnos tanto en lo que podemos hacer por África sino sobre todo en lo que podemos dejar de hacer que hace daño a África». <sup>41</sup> Se trata de un interesante giro en el discurso, ya que obsesionados por la pulsión civilizadora hacia África, olvidamos a menudo que existen elementos de nuestras relaciones internacionales que tienen un impacto negativo mucho mayor que cualquier acción positiva que podamos hacer por África. En el fondo, tiene que ver con lo que algunos han denominado como «anticooperación», es decir, aquellas acciones o políticas que, generadas en el Norte global, interfieren negativamente sobre el buen vivir del Sur global. <sup>42</sup> Si analizamos este tipo de acciones «anti-cooperadoras» en el continente africano la lista es extensa. Aquí sólo hacemos mención de algunos ejemplos, tales como:

– el *impacto de la deuda externa*, que transfiere diez veces más recursos de África hacia el Norte en el pago de los intereses de la deuda (a veces

contraída hace décadas) que del Norte hacia África en materia de ayuda oficial al desarrollo;

– el *comercio de armas*, del cual los cinco miembros permanentes y con derecho a veto del Consejo de Seguridad de la ONU (EEUU, China, Rusia, Reino Unido y Francia) son los principales impulsores, o bien la creciente presencia en los últimos años de *compañías de seguridad privada* (muchas de ellas británicas, estadounidenses o de Europa del Este) que son contratadas por gobiernos locales, grupos armados e incluso los propios gobiernos occidentales para combatir a sus oponentes militares;

– la *corrupción y los flujos financieros ilícitos*, que desde 1970 hasta 2008 podría haber supuesto, según el *Global Financial Integrity* (GFI), la fuga desde África hacia paraísos fiscales de unos 854.000 millones de dólares, <sup>43</sup> una cantidad que duplica la cantidad de ayuda que África habría recibido en todo este período y que es consecuencia de un sistema financiero internacional muy desregulado, o bien

– la *fuga de cerebros* que el continente ha padecido en las últimas décadas y que, según algunos datos, ha llevado a que al menos el 30 por ciento de los graduados universitarios viva fuera del continente (suele señalarse que hay más médicos de nacionalidad sierraleonesa en la ciudad de Chicago que en la propia Sierra Leona), o bien a que en los últimos años se esté produciendo un nuevo éxodo de mano de obra hacia las fábricas de China. <sup>44</sup>

Estos son sólo algunos ejemplos, a los que podríamos añadir, los *frágiles sistemas tributarios* existentes como consecuencia de las políticas de ajuste estructural, la nueva dinámica de *acaparamiento de tierras* y de expulsión de los campesinos y habitantes locales o la *privatización de muchos sectores* que han imposibilitado el desarrollo de un mínimo servicio público de educación o sanitario.

Todos estos ejemplos forman parte, en definitiva, de la hegemonía de una globalización que es neoliberal y que permite o fomenta este tipo de situaciones, fruto de la inexistencia de controles y de reglas de juego. La urgencia de domesticar esta globalización no sólo incumbe al bienestar de las poblaciones africanas, sino que, más que nunca, tiene que ver con el futuro de la democracia, del planeta y del bienestar del conjunto de la humanidad.

### **3.3. Epílogo: África y las paradojas de la crisis del ébola**

En el año 2014 estalló la llamada «crisis del ébola» que afectó especialmente a tres países de África occidental: Sierra Leona, Liberia y Guinea. El estallido y expansión de este virus letal provocó en pocos meses la muerte de más de 9000 personas, así como el colapso de los respectivos sistemas sanitarios o un grave impacto y crisis de confianza en las diferentes poblaciones. Esta crisis evidenció algunas de las contradicciones que hemos estado analizando a lo largo de estas páginas. Por un lado, los grandes organismos internacionales y países desoyeron las alarmas de organizacio-

nes como Médicos Sin Fronteras (MSF) que advirtieron de la gravedad de la epidemia y de las repercusiones que podría tener. Sólo cuando los primeros casos llegaron a países occidentales como EEUU o España, la crisis empezó a recibir atención mediática y política. Las soluciones fueron ofrecer poca ayuda y una parte de esta militarizada, ya que se optó en algunos casos por fortalecer la presencia del ejército para que garantizara el cumplimiento de las medidas de cuarentena dictadas en los diferentes países. Por otro lado, investigadores de la Universidad de Cambridge<sup>45</sup> denunciaron en un polémico estudio en los momentos finales de la epidemia del ébola, que uno de los factores que había contribuido claramente a la expansión del virus y al colapso de los servicios de salud de estos países africanos, habían sido las medidas de ajuste estructural impulsadas desde finales de los ochenta por organismos como el FMI.<sup>46</sup>

En la «crisis del ébola» subyacen varias contradicciones del *modus operandi* de la agenda internacional hacia África. En este cuaderno hemos tratado de ofrecer una radiografía, genérica e incompleta, de cómo África afronta una realidad con luces y sombras que cabe tener en cuenta y más allá de discursos maniqueos que no muestran las complejidades existentes. Asimismo, hemos observado como el nuevo mundo multipolar supone un cambio substancial en las reglas de juego y nuevas dinámicas que, como mínimo, rompen con las que han predominado en las últimas décadas. Sea como fuere, y en eso hemos insistido en el último apartado, debemos procurar que más que imponer recetas,

se trate de acompañar procesos de cambio social autóctonos, desde una verdadera relación horizontal y cooperadora. Este último ejercicio no resulta para nada fácil, debido a la inercia civilizatoria que ha acompañado siempre las relaciones del mundo con el continente africano. No obstante, la nueva realidad glo-

bal y crecientemente interdependiente nos enseña, tal y como señala Latouche, que el cambio del mundo pasa en primer lugar por un cambio en nuestra forma de mirar al mundo,<sup>47</sup> a lo que cabe añadir, que ese cambio pasa por mirar y tratar de entender y de relacionarnos con África de forma diferente.

1. Lluís TORRENT, «¿Es el mundo tal y como sale en los mapas? El espejismo de Mercator», *United Explanations*, 2013, en: <http://www.unitedexplanations.org/2013/05/27/el-mundo-no-es-como-sale-en-os-mapas-el-espejismo-de-mercator/>
2. Serge LATOUCHE, *La otra África. Autogestión y apaño frente al mercado global*, Barcelona, Oozebap, 2005, p. 11.
3. Ian TAYLOR, *The International Relations of Sub-Saharan Africa*, New York, Continuum, 2010, p. 1.
4. Discours de M. Nicolas Sarkozy, président de la République française, le 26 juillet 2007 à l'Université Cheikh Anta Diop, Dakar, Sénégal, en: <http://www.afrikara.com/index.php?page=contenu&art=1841&PHPSESSID=fd7509bb460226172a605eb0ca1ddb59>
5. Chris MCGREAL, «Blair confronts 'scar on world's conscience», *The Guardian*, 7 de febrero de 2002, en: <http://www.theguardian.com/world/2002/feb/07/politics.development>
6. Patrick CHABAL y Jean Pascal DALOZ, *África camina. El desorden como instrumento político*, Barcelona, Edicions Bellaterra, 1999.
7. Stephen ELLIS, *Seasons of Rains. Africa in the World*, Londres, Hurst & Company, 2011, p. 39.
8. Oscar MATEOS, *África, el continente maltratado*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, Cuaderno n° 137 (2006).
9. Véase Adam HOCHSCHILD, *El fantasma del rey Leopoldo*, Madrid, Península, 2007.
10. I. TAYLOR, *op. cit.*, p. 2.
11. A modo de ejemplo, basta señalar cinco publicaciones recientes que, desde diferentes ámbitos (academia, *think-tanks*, Gobiernos, etc.), coinciden en apuntar la existencia de un escenario totalmente novedoso y positivo para África: COMISIÓN PARA ÁFRICA, *Our Common Interest*, 2005, en: <http://www.commissionforafrica.info/2005-report>; Jakkie CILLIERS, *African Futures 2050. The next forty years*, South Africa, Institute for Security Studies, 2011, en: <http://www.issafrica.org/uploads/Mono175.pdf>; Ton DIETZ, *Silverlining Africa. From images of doom and gloom to glimmers of hope. From places to avoid to places to enjoy*, Leiden University & African Studies Centre, 2011; Manuel DE LA ROCHA y Laura GÓMEZ, «África: una visión optimista», *Revista Economía Exterior*, n° 55 (invierno 2010-2011), y NORDIC AFRICAN INSTITUTE (NAI), *The rise of Africa: Miracle or Mirage?*, 2010 Annual Report, Uppsala, en: [http://www.nai.uu.se/about/organisation/annualreport/AnnualReport2010\\_mini.pdf](http://www.nai.uu.se/about/organisation/annualreport/AnnualReport2010_mini.pdf)
12. «Africa in 2014: the good, the bad and the ugly», *Institute for Security Studies*, 19 de diciembre de 2014, en: <http://www.issafrica.org/iss-today/africa-in-2014-the-good-the-bad-and-the-ugly>
13. Mthuli NCUBE, *The Making of the Middle Class in Africa*, Banco Mundial, 2013, en: <http://blogs.worldbank.org/futuredevelopment/making-middle-class-africa>
14. S. ELLIS, *op. cit.*, pp.: 70-74.
15. T. DIETZ, *op. cit.*
16. En Nigeria, Ghana y Suráfrica, tres de los países que han experimentado un mayor crecimiento económico, la diferencia entre los ingresos del 10% más rico de la población y el 40% más pobre (el denominado índice Palma) ha aumentado de forma significativa en los últimos quince años. Véase Alex PRATS, «¿Despierta África», *Blog 3500 millones*, El País, 26 de mayo de 2014, en: <http://blogs.elpais.com/3500-millonnes/2014/05/desperta-africa.html>
17. David FIG, *El nuevo saqueo de África*, Fuhem Ecosocial, 2015, en: [https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Analisis/2015/estado-de-la-extraccion\\_D-FIG\\_feb15.pdf](https://www.fuhem.es/media/cdv/file/biblioteca/Analisis/2015/estado-de-la-extraccion_D-FIG_feb15.pdf)
18. AFRICAN PROGRESS PANEL (APP), *Jobs, Justice and Equity. Seizing opportunities in times of global change*, 2012, en: <http://allafrica.com/download/resource/main/main/ídats/00031701:14b51160c4c3c4a100e8a69324daca79.pdf>
19. Jaco MARITZ, «'Africa rising': TIME magazine agrees with The Economist, How We Made It in Africa», 2012, en: <http://www.howwemade>

- itinafrica.com/africa-rising-time-runs-with-same-title-as-now-famous-the-economist-cover/22337/
20. Oscar MATEOS, «África, el milagro inexistente», *Revista Alternativas económicas*, n.º 20 (2014), diciembre, en: <http://alternativaseconomicas.coop/posts/el-milagro-inexistente>
  21. Para ver actualizado el *Índice Mo Ibrahim Foundation*: <http://www.moibrahimfoundation.org/interact/>
  22. Richard DOWDEN, «Africa's rising rage: the middle classes call for revolution», *African Arguments*, 2013, en: <http://africanarguments.org/2013/02/07/africa%E2%80%99s-rising-rage-the-middle-classes-call-for-revolution-%E2%80%93-by-richard-dowden/>
  23. En S. LATOUCHE, *op. cit.*, p. 233
  24. I. TAYLOR, *op. cit.*
  25. Rita ÁLVAREZ, «Chináfrica (I)», *Periodismohumano.com*, 18 de mayo de 2010 en: <http://periodismohumano.com/economia/chinafrica-desde-china.html>
  26. O. MATEOS, *África, el continente...*, *op. cit.*
  27. J. FERGUSON, *The Anti-Politics Machine: 'Development', Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge, University Press Cambridge, 1990.
  28. Véase SIPRI (*Stockholm International Peace Research Institute*): «Military expenditure in Africa, 1988-2011», en: [http://www.sipri.org/research/armaments/milex/resultoutput/regional/milex\\_africa](http://www.sipri.org/research/armaments/milex/resultoutput/regional/milex_africa)
  29. S. ELLIS, *op. cit.*, p. 67.
  30. F. CHERU y C. OBI, *The Rise of China and India in Africa*, Londres, Zed Books, 2010, p. 3.
  31. F. CHERU y C. OBI, *op. cit.*, p. 5.
  32. S. ELLIS, *op. cit.*, p. 4
  33. D. FIG, *op. cit.*
  34. O. MATEOS, «¿Una nueva era para África?», *Boletín ECOS*, Número 18 (2011), Fundación Fuhem, en: [http://www.fuhem.es/media/eco-social/file/Boletin\\_ECOS/boletin\\_18/una\\_nueva\\_era\\_para\\_Africa\\_O\\_MATEOS.pdf](http://www.fuhem.es/media/eco-social/file/Boletin_ECOS/boletin_18/una_nueva_era_para_Africa_O_MATEOS.pdf)
  35. «Zambia: Safety Gaps Threaten Copper Miners», *Human Rights Watch*, 20 de febrero de 2013, en: <http://www.hrw.org/news/2013/02/20/zambia-safety-gaps-threaten-copper-miners>
  36. S. ELLIS, *op. cit.*, p. 6.
  37. S. ELLIS, *op. cit.*, p. 32.
  38. ROYAL AFRICAN SOCIETY, «Un mensaje para los líderes del mundo: ¿Qué ocurre con el daño que le estamos infligiendo a África?», *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, n.º. 8 (2008), GERI-UAM.
  39. S. LATOUCHE, *op. cit.*, p. 13.
  40. T. MURITHI, «African indigenous and endogenous approaches to peace and conflict resolution», en D. J. FRANCIS (ed.), *Peace and conflict in Africa*, Nueva York, Zed Books, 2008, p. 20
  41. ROYAL AFRICAN SOCIETY, *op. cit.*
  42. D. LLISTAR BOSCH, *Anticooperación. Interferencias Norte-Sur*, Barcelona, Icaria-Antrazyt, 2009.
  43. D. CARTWRIGHT-SMITH, «Africa: Hidden Resource for Development», *Global Financial Integrity* (GFI), 26 de marzo, en: <http://www.gfin.org/report/briefing-paper-illicit-flows-from-africa/>
  44. S. ELLIS, *op. cit.*, p. 34.
  45. A. KENTIKELIS, L. KING, y M. MCKEE, «The International Monetary Fund and the Ebola outbreak», *The Lancet*, Vol. 3., 2014, en: [http://www.thelancet.com/pdfs/journals/langlo/PIIS2214-109X\(14\)70377-8.pdf](http://www.thelancet.com/pdfs/journals/langlo/PIIS2214-109X(14)70377-8.pdf)
  46. O. MATEOS, «La crisis del Ébola y la construcción de estado en África subsahariana», *Opinión CIDOB*, n.º 296 (2015), en: [http://www.cidob.org/es/publicacions/opinio/seguridad\\_y\\_politica\\_mundial/la\\_crisis\\_del\\_ebolay\\_la\\_construccion\\_de\\_estado\\_en\\_africa\\_subsaariana](http://www.cidob.org/es/publicacions/opinio/seguridad_y_politica_mundial/la_crisis_del_ebolay_la_construccion_de_estado_en_africa_subsaariana)
  47. S. LATOUCHE, *op. cit.*, p. 28.

## CUESTIONES PARA LA REFLEXIÓN

---

El cuaderno trata de explicar los grandes cambios que se han producido en el continente africano en los últimos años y los diferentes discursos y análisis que existen al respecto.

Algunas preguntas que pueden ayudar a enfocar la reflexión:

1. ¿Qué datos de los ofrecidos por el cuaderno te resultan más llamativos e inesperados?
2. ¿Qué motivos crees que explican el nuevo discurso «afro-optimista»? ¿Qué aportaciones crees que hace el discurso «afro-realista»? A partir de tu concepción y conocimiento de la realidad africana, ¿con cuál de los tres discursos te sientes más identificado y con cuál menos? ¿Por qué?
3. ¿Cómo valoras los cambios que se han producido a nivel mundial y la presencia de nuevos actores en el continente africano, en especial de China? ¿Cómo valoras esta nueva realidad?
4. ¿Qué aproximación crees que deberíamos tener hacia el continente africano? ¿Cómo valoras el papel de la ayuda al desarrollo, en este sentido?





**Cristianisme i Justícia** (Fundación Lluís Espinal) es un Centro de Estudios promovido por la Compañía de Jesús de Cataluña. Agrupa un equipo de profesores universitarios y especialistas en teología y en diversas ciencias sociales y humanas interesados por el cada vez más indispensable diálogo fe-cultura-justicia.

La colección *Cristianisme i Justícia* presenta algunas de las reflexiones de los seminarios del equipo del Centro o algunos de los trabajos de sus miembros y colaboradores.

168. P. ARROJO, Crisis global del agua - 169. D. IZUZQUIZA, Al partir el pan - 170. J. CARRERA, Cristianismo y sociedad desde la perspectiva ética - 171. G. DUCH, F. FERNÁNDEZ SUCH, La agroindustria bajo sospecha - 172. J. LAGUNA, Hacerse cargo, cargar y encargarse de la realidad - 173. B. BASTIDA, Crisis, ¿un final por escribir? - 174. J. I. GONZÁLEZ FAUS, "Ya voy, Señor". Contemplativos en la relación - 175. J. BOTEY, Curas obreros. Compromiso de la Iglesia con el mundo obrero - 176. L. RAMÓN, Mujeres de cuidado - 177. J. I. GONZÁLEZ FAUS, El naufragio de la izquierda - 178. F. J. VITORIA, Vientos de cambio - 179. J. ALONSO, El diálogo de la vida cotidiana - 180. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Unicidad de Dios, pluralidad de místicas - 181. J. LAGUNA, ¡Ay de vosotros...! Distopías evangélicas - 182. V. CODINA, Hace 50 años hubo un Concilio - 183. A. BLANCH, León Tolstói, un profeta político y evangélico - 184. J. F. MÀRIA, E. DEVUYST, Las minas del rey Leopoldo - 185. J. I. GONZÁLEZ FAUS, Una Iglesia nueva para un mundo nuevo - 186. O. MATEOS, J. SANZ, ¿Cambio de época, cambio de rumbo? - 187. S. HERRERA, Atrapadas en el limbo: mujeres, migraciones y violencia sexual - 188. A. CALDERÓN, L. SOLS, Europa, en la encrucijada - 189. J. CARRERA, La revolución de cada día - 190. J. I. GONZÁLEZ FAUS, ¿Dios? - 191. J. SOLS LUCIA, Las razones de Ellacuría - 192. X. ALEGRE, J. I. GONZÁLEZ FAUS, J. MARTÍNEZ GORDO, A. TORRES QUEIRUGA, Rehacer la vida. Divorcio, acogida y comunión - 193. O. MATEOS, ¿De la «tragedia» al «milagro»?

Los títulos de esta colección se pueden descargar en internet:  
[www.cristianismeijusticia.net/es/quaderns](http://www.cristianismeijusticia.net/es/quaderns)

N. 193, marzo 2015

La Fundación Lluís Espinal envía gratuitamente los cuadernos CJ a quien los solicita. Si usted desea recibirlos, pídalos a:

**Cristianisme i Justícia**  
Roger de Llúria, 13 - 08010 Barcelona  
93 317 23 38 - [info@fespinal.com](mailto:info@fespinal.com)  
[www.cristianismeijusticia.net](http://www.cristianismeijusticia.net)



cristianismeijusticia



cijusticia



fespinal89